

Mayo del 68 según Ethel Gilmour

Imelda Ramírez González

La artista Ethel Gilmour (1940-2008) llegó a Colombia en 1971. Cuatro años antes, había viajado de Nueva York a París, después de terminar sus estudios de maestría en pintura y grabado en el Pratt Institute de esa ciudad. Ethel estaba maravillada en París: “Aquí estoy en París, caminando todo el día y amando cada minuto que pasa. La felicidad está en todas partes”,* escribía a sus padres. Tenía una libreta en la que dibujaba a las personas que transitaban por las calles, por el metro, o se detenían en los cafés de la ciudad. También dibujaba las obras famosas de los artistas que ella amaba, y que habían convertido a París en la capital finisecular del arte moderno. Al mismo tiempo, anotaba direcciones, teléfonos y frases cortas y discontinuas que registraban el impacto de sus nuevas experiencias. Escribe, por ejemplo, que “miraba y miraba”, y trataba de verse a sí misma, y de entender quién era. París la estimulaba, le proporcionaba gozo y experiencias de autoconocimiento.

La Sorbona, además, le trajo sorpresas. A finales del año, tanto ella como Jorge Uribe, un arquitecto colombiano que, como ella, estaba matriculado en los cursos de Civilización francesa, se inscribieron en un viaje de estudiantes a Rusia, el cual prometía ofrecer conversaciones con universitarios rusos y compartir experiencias en torno a la revolución, en un momento en el que los jóvenes alrededor del mundo querían “cambiar el mundo”, como cantaba entonces John Lennon, y se preguntaban si el cambio debería hacerse afuera o interiormente, y discutían la manera de conseguirlo. Durante ese viaje, Ethel y Jorge se conocieron. Pasaron el fin de año conversando,

dibujando y bailando, junto con los otros compañeros de viaje.

Se hablaban en francés: un idioma en el que se desenvolvían, sin que lo dominaran plenamente; aunque compartían otros intereses, como el arte, que les permitían vivir en una cierta economía de palabras, también porque Jorge era un hombre callado. Ambos eran extranjeros en París. Ethel había crecido en el Sur de los Estados Unidos; Jorge, en Medellín. Venían de culturas diversas, aunque quizá no muy diferentes. A Ethel siempre le había inquietado lo público, lo político; en sus años de universitaria en Georgia, hacía diseños para la revista de los estudiantes con puños alzados mostrando su apoyo al movimiento de los derechos civiles y contra la segregación racial de las comunidades afroamericanas.

Había “llegado la primavera” en París. Ethel trabajaba en un taller de litografía y almorzaba y dibujaba al lado del Sena. Allí, la “belleza continuaba”, escribía, especialmente ahora que tenía “historias en desarrollo” para contarle a su familia. Su alegría se vio ensombrecida por la noticia del asesinato de Martin Luther King (4 de abril). Quizá su desobediencia civil pacifista ya no podía ser acallada ni con su muerte. Tanto en su país como en París, Ethel se hizo cada vez más consciente de lo que en ese momento significaba ser una mujer “gringa”, blanca y sureña. En Rusia y en París se confrontaba con la guerra de Vietnam, se preguntaba si ella era “lo que ellos dicen” o “ven” en ella: ese “Estados Unidos grande de Vietnam”, que había convertido ese país en una atroz carnicería humana.

Ese sentimiento se intensificaría posteriormente en América Latina, ya Ethel vinculada como docente de la Universidad Nacional. Durante ese año de 1968, la lucha contra el imperialismo se había radicalizado. Se había propagado la idea entusiasta de que este era un enemigo que podía confrontarse, así como antes los argelinos habían enfrentado y desafiado el poder colonial de los franceses; y los vietnamitas, valientemente, habían combatido las tropas estadounidenses. Al final del 68, los checos, que buscaban humanizar el socialismo y los estudiantes mexicanos, que marchaban por una transformación más democrática, fueron aplastados violentamente; los unos, por las tropas soviéticas y los otros, por las de su propio país. Sin embargo, con su sacrificio, habían mostrado el autoritarismo de los gobiernos aferrados al poder, y su doble moral, al defender unos principios (la libertad, los derechos humanos, la democracia, el socialismo) que no practicaban y contradecían sin reservas.

A mediados de abril, Ethel y Jorge salieron de París, esta vez por La Provenza francesa, y para seguir los pasos de sus artistas más queridos (Matisse, Chagall, Picasso, Le Corbusier, Cézanne). Ya corrían las noticias de los disturbios en la Universidad de Nanterre, donde los jóvenes habían ocupado las instalaciones universitarias, y dejaron grafitis de una protesta que en principio parecía inocua: la prohibición a los estudiantes varones de visitar el pabellón de las chicas (aunque en el de ellos si se autorizaba la presencia de ellas), como si ellas no pudieran decidir quién llegaba a sus cuartos (la píldora anticonceptiva fue aprobada en Francia en diciembre de 1967). La situación se complicaba por las protestas en contra de la guerra del Vietnam, que ya habían dejado varios estudiantes detenidos.

Nuevamente de regreso a París, Ethel y Jorge encontraron que las revueltas se habían expandido y ahora se tomaban la ciudad. Parecía una situación incontenible, sobre todo porque

a las protestas estudiantiles se habían sumado los obreros de fábricas como la Renault. Ethel escribió a sus padres, el 14 de mayo:

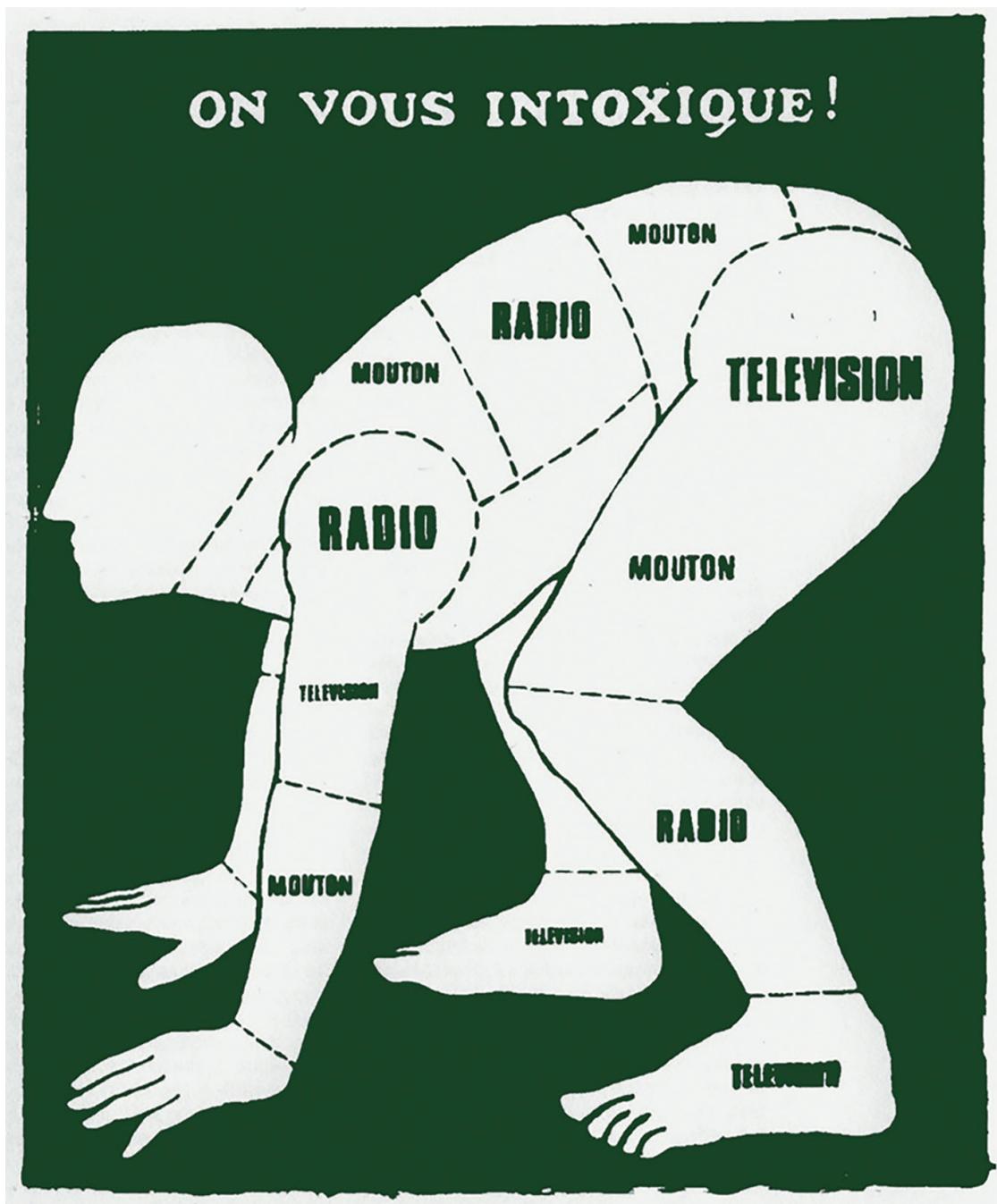
París es una ciudad nerviosa —como una guerra realmente—. Nunca había visto algo así. Todos los parisinos están furiosos y respaldan a los estudiantes —y los trabajadores también—. Hoy, por ejemplo, están en huelga el gas, la electricidad, el servicio postal y el transporte —lo que significa que diez millones de trabajadores (de toda Francia) están en huelga y respaldan a los estudiantes—. Así pues, hoy hay otra gran marcha —ya van siete días de enfrentamientos y dos marchas...

Para ella, las causas de los estudiantes eran justas: “no tienen suficiente espacio en la Universidad, [...] ni suficientes profesores; se quejan porque todo el sistema educativo es atrasado y pobre —y ciertamente lo es, en relación con La Soborna—”. La Universidad, decía, estaba dormida “en los laureles”, según el decir de una amiga, pues estaba “rezagada” en casi todo. En contra de la tradición, contaba a sus padres, la policía se había tomado la Universidad y según ella, por esa razón, la gente había respaldado a los estudiantes

En esa misma carta, también les comenta:

Todo el mundo está en la calle —mirando y expectante— se puede sentir en el aire. Hoy, por ejemplo, todos los puentes de París están custodiados por doscientos o trescientos policías antimotines, muy bien armados. Han cerrado todos los puentes que llevan a París —esperando mantener el problema por fuera del centro de la ciudad. En otras palabras, están tratando de contenerlo en el Barrio Latino. Es extraño ver los policías antimotines por todos lados, con pistolas, escudos, balas de gas [y] perdigones—.

Ethel, quien era una persona curiosa, fue a ver el edificio donde comenzaría la Conferencia de Paz (las negociaciones que buscarían el fin de la guerra de Vietnam y que pronto fracasaron, pues sólo se lograron cinco años más tarde) ubicado cerca de su casa; “es un edifi-



On vous intoxique! (¡Te intoxican!). Serigrafía en negro

cio feo y aburrido” que, como le dijo Madame Poulin (la señora que le alquilaba un cuarto), “la Gestapo lo había usado durante la guerra”. El edificio estaba rodeado de vallas y de policía por todos lados. “Un policía me preguntó qué estaba haciendo [allí] y le dije que era integrante de la Conferencia. Se rio y dijo: ‘ – Bien, la Conferencia no empieza hasta mañana a las 10:00, así que puede volver mañana’ (supongo

que mis trenzas [o su par de coletas] no parecían lo suficientemente serias)”.

A finales del mes, el día 28, les confirma en otra carta que París “todavía sigue ahí, a pesar de lo que dice la prensa”. Les contaba que desde hacía doce días no había correo, así que estaba llevando su correspondencia a la embajada estadounidense:

Entiendo que, si uno les pide amablemente, ellos se encargan de que tus cartas sean puestas en un viaje diplomático y enviadas a los Estados Unidos —así que ensayaré hoy—. Estoy bien. La vida sigue más o menos igual para los parisinos, mientras haya café y siga existiendo el pan —que son la fuente más importante de vida para los franceses—. Todavía no hay metro ni transporte, el aeropuerto está cerrado, [...] casi todas las fábricas han sido ocupadas y también los teatros. París está detenida y todo el mundo camina —incluyéndome a mí—.

Decía a sus padres que tal vez la huelga terminaría “al final de la semana”, pues los trabajadores y el gobierno estaban en negociaciones. En esas circunstancias, les decía, que “todo el mundo está tratando de salir de Francia —los extranjeros—”. Aun así, les decía que no se preocuparan por ella que, como por la Conferencia de Paz había miles de periodistas en la ciudad, habían “exagerado la violencia (por ejemplo, los carros en llamas en la portada de la revista *Newsweek*)”.

A mediados del mes de junio, Ethel regresó finalmente a los Estados Unidos. Su experiencia en Francia cambió el rumbo de su vida, en muchos sentidos. Por un lado, sus intereses y su corazón se orientaron al mundo hispanoparlante. Luego de un tiempo en su país, y antes de trasladarse definitivamente a Colombia vía Bolivia, regresó a Europa, esta vez para trabajar en Madrid y en Mallorca, con la idea de aprender español. Por otro lado, la experiencia francesa marcó su forma de hacer y concebir el arte. Ethel conservó algunos carteles que recogió en las calles de París. Le gustaba mucho su lenguaje directo, y el hecho de que pudieran ser fácilmente comprensibles, sin necesidad de intermediación de teóricos especializados. Siempre conservó ese gusto por comunicarse directa e íntimamente con las personas comunes y corrientes. Ethel siempre se preocupó por la vida cotidiana en su aparente nimiedad, y por todo lo que ocurría en la calle. Le siguió inquietando el papel que jugaba Estados Unidos en el mundo.

Como el mayo del 68, que fue ingenioso y festivo, Ethel conservó un humor ocurrente y crítico. Fue una amante de la libertad y supo gozarse la vida. También, como aquellos jóvenes franceses, con su pintura, de alguna manera, y a veces con humor, desafiaba el poder establecido, con sus pompas, sus rituales y sus jerarquías, incluidas las del arte. Siempre se preocupó por la otra historia más trágica del mundo colonial y de la modernización, como la segregación étnica y la destrucción del medio ambiente. Como en el mayo francés, en su vida Ethel mostró una solidaridad inmensa con el otro, en especial, con el más vulnerable, y con las víctimas de la guerra. La vida y la obra de Ethel, así como las utopías que soñaban con cambiar el mundo y las señales de que algo en él si cambió después de esas revueltas, son testimonios valiosos y necesarios ahora, que transitamos por caminos difíciles y enfrentamos amenazas aun más serias.

Nota

* Las cartas citadas hacen parte del archivo personal de la artista Ethel Gilmour.

Imelda Ramírez González es magíster en Estética de la Universidad Nacional de Colombia —Sede Medellín— y doctora en Historia del Arte de la Universidad Nacional Autónoma de México. Docente en la Universidad Eafit (1997-2014), ha publicado los libros: *Debates críticos en los umbrales del arte contemporáneo. El arte de los años setenta y la fundación del Museo de Arte Moderno de Medellín*; *La visita, obra de Ethel Gilmour*; *Flores para Ethel Gilmour (1940-2008)*. *Homenaje* (en coautoría con María del Rosario Escobar); *Ethel Gilmour* (en coautoría con Karen Cordeiro, Liliana Gaviria y Marta Lucía Villafañe); *Ana Patricia Palacios* (en coautoría con María Iovino y Nydia Gutierrez) y *Javier Restrepo. El hombre que miraba las estrellas* (en coautoría con Astrid Giraldo). Escribió este texto para la Agenda Cultural Alma Máter. Contacto: iramirez@eafit.edu.co.